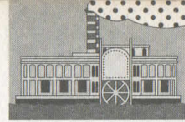


EL BARCO



DE VAPOR

El misterio de la casa encantada

David A. Adler

sm

1

¡Crash!

Eric Shelton conducía un pequeño coche de carreras en un parque de atracciones. Se volvió y gritó a su amiga Cam Jansen:

—¡Vale ya! Deja de chocarte conmigo.

Se agarró al volante con las dos manos y apretó el pedal con suavidad. El coche avanzó despacio hasta quedarse cerca del que es-

taba delante. Luego, pisó ligeramente el pedal del freno. Su coche se paró.

Eric cerró los ojos y apretó los dientes. Sabía que Cam también avanzaría. Estaba seguro de que se chocaría contra él. Esperó, y enseguida notó que el coche de Cam tocaba el suyo suavemente.

Se volvió y dijo:

—Eso está mejor.

Avanzó de nuevo con su coche y paró. Se desabrochó el cinturón de seguridad y saltó a la plataforma que había al lado de la pista.

¡Crash!

Cam se había chocado contra la parte trasera del coche de Eric. Se bajó y se encontró con Eric a la salida.

—Ha estado genial —dijo Cam.

Eric comentó:

—Ha sido divertido, menos al final. ¿Por qué no dejabas de chocarte conmigo?

—Mi pedal estaba suelto. De todas formas, los coches llevan esos grandes parachoques porque se supone que nos vamos a chocar.

Era una primaveral tarde de domingo. Cam y Eric habían ido al parque con los tíos de Cam: Katie y George.

—Allí están —dijo Cam. Señaló a dos ancianos que estaban sentados en un banco. Tía Katie hablaba con una mujer que empujaba un cochecito de niños. Tío George descansaba apoyado en su bastón. Tenía los ojos cerrados y las piernas estiradas hacia delante.

—¿No es un bebé monísimo?

—le dijo tía Katie a Cam.

—Sí, es muy mono —Cam miró a su alrededor y preguntó—: ¿Dónde nos montamos ahora?

—¡Mira qué pelo! ¡Mira qué rizos tan pequeñitos!

—Ya veo su pelo, tía Katie. Es muy bonito —dijo Cam. Después añadió en voz baja—: Eric tiene un hermanito que se llama Howie. Puedo verlo siempre que quiera, pero ésta es la única oportunidad que tengo de montarme en las atracciones.

Tía Katie se levantó y asintió:

—Tienes razón. Te dije que nos montaríamos en todo lo que pudiéramos, y lo haremos. ¿Adónde vamos ahora?

Cam cerró los ojos y dijo:

—*Click.*

—¿Qué hace? —preguntó la mujer del cochecito.



Eric explicó:

—Cam tiene una memoria fotográfica. Puede echar una mirada a algo y recordarlo perfectamente. Es como si tuviera una cámara mental y las fotografías estuvieran almacenadas en su cabeza. Cada vez que quiere recordar algo, dice «click». Ése es el sonido que hace su cámara mental.

Tía Katie continuó con las explicaciones:

—Cuando Cam era un bebé, la llamábamos Jennifer. Ése es su verdadero nombre. Pero en cuanto descubrimos lo de su asombrosa memoria, empezamos a llamarla «La Cámara». Pronto, «La Cámara» se redujo a «Cam».

—Estoy recordando el dibujo del plano que había a la entrada del parque —dijo Cam. Todavía

tenía los ojos cerrados—. Si subimos por la calle de la izquierda, pasaremos por el paracaídas, el tren y la casa encantada. A la derecha están el tiovivo, los ponis y la tienda de regalos.

—Asombroso —dijo la mujer del cochecito.

—¡Cuidado! —gritó Eric.

Cam abrió los ojos.

Dos chicos con patines se dirigían hacia ellos.

Cam se echó a la izquierda. Eric y la mujer, a la derecha. Tía Katie no sabía para dónde tirar. Primero se echó a la derecha. Después se echó a la izquierda.

¡Crash!

Uno de los chicos no pudo parar y chocó contra tía Katie.

—¡Ay, madre mía! —dijo ella al caerse al suelo.

Los chicos intentaron ayudarla, pero no podían. Cada vez que empezaban a levantarla, rodaban y se volvían a caer. Al final, Cam, Eric y tío George consiguieron que llegara al banco.

—¡Ay, madre mía! —repitió la tía Katie al sentarse.

—Lo sentimos mucho —dijeron los chicos. Después siguieron patinando calle abajo hacia el para-caídas.

Tía Katie se sacudió la ropa. Tío George la ayudó.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Eric.

Ella sonrió y dijo:

—No, estoy bien. Vamos a la siguiente atracción. Vamos a la casa encantada.

—Ay, sí —dijo Eric—. Me apetece pasar miedo.



Cam infló los carrillos, levantó los brazos, agitó las manos y gritó:

—¡Uuuh!

Tío George se puso las manos en el corazón.

Tía Katie dijo:

—¡Ay, madre mía!

Eric comentó:

—Sólo lo hacen para complacerte. La verdad es que no das nada de miedo.

—Bueno, entonces, vamos a la casa encantada —dijo tía Katie—. Estoy segura de que allí sí que pasaremos miedo.

2

Cam, Eric, tía Katie y tío George subieron por la calle de la izquierda.

—¡Buaa! ¡Buaa!

—Ay, mira, allí hay un bebé llorando —dijo Cam.

Ella y Eric se adelantaron rápidamente.

—¿Por qué lloras? —preguntó Cam a la pequeña.

—¡Buaa! ¡Buaa!

—Ha perdido su globo —dijo la madre de la niña—. Está atrapado en el árbol. Lo tenía atado al cochecito, pero se ha soltado.

Cam propuso:

—Si me subo al banco, quizá pueda alcanzarlo.

—Podrías caerte —dijo tía Katie—. Es mejor que aviséis a uno de los vigilantes.

—Podríamos coger una escalera —dijo Eric.

Tío George dio la vuelta a su bastón. Con el mango enganchó el hilo y bajó el globo. Se lo dio a la niña.

—Muchas gracias —dijo la madre de la pequeña.

Tío George se colocó la gorra, sonrió y caminó hacia delante.

—No habla mucho, ¿verdad?
—preguntó Eric a Cam en voz baja.



—Tío George dice que éste es un mundo ruidoso, que la mayoría de la gente habla mucho y demasiado alto.

—¡Ay, madre mía! —soltó tía Katie de nuevo.

Los chicos de antes venían patinando hacia ellos. Tía Katie y tío George se apartaron rápidamente hacia un lado de la calle y les dejaron pasar.

—No les deberían dejar correr así por aquí —dijo ella.

A la entrada de la casa encantada había una larga cola.

Dejaron entrar a un grupo. Cam, Eric y los otros avanzaron hasta que estuvieron cerca de un gran cartel. Cam leyó en voz alta:

ATENCIÓN: PROHIBIDA LA ENTRADA A NIÑOS PEQUEÑOS Y ADULTOS IMPRESIONABLES. DENTRO SE

PRODUCEN RUIDOS EXTRAÑOS Y EFECTOS TERRORÍFICOS. LA EMPRESA NO SE HACE RESPONSABLE.

—Quizá sería mejor que fuéramos al tiiovivo —dijo tía Katie.

—No somos niños pequeños —dijo Eric—. Tenemos diez años.

—Yo quiero entrar —dijo Cam mientras se pasaba los dedos por el pelo. Lo tenía pelirrojo, aunque quizá fuera más naranja que rojo. El pelo de Eric, en cambio, era de color castaño oscuro.

Se abrió la puerta de salida. Una niña agarrada a la mano de su madre salió sonriendo.

—Ha estado genial —dijo.

Salieron algunas personas más. Todas sonreían, hablaban y se reían. De repente, apareció una

mujer con un vestido azul que contrastaba con su pálido rostro.

—¡Qué miedo! —dijo—. No he pasado más miedo en toda mi vida.

Cam, Eric y los otros la vieron dirigirse hacia un banco y sentarse.

—Está horrorizada —dijo tía Katie—. Tal vez sería mejor que no entráramos.

La puerta de entrada volvió a abrirse. El vigilante que estaba allí dijo:

—Vamos. Avancen. Dentro hay sitio para unos cuantos más.

Cam, Eric y los otros se aproximaron a la entrada.

—¿Venís juntos? —preguntó el vigilante.

—Sí —respondió Cam.

—Muy bien. Podéis entrar los

cuatro. El resto tendrá que esperar.

La puerta se cerró detrás de Cam, Eric, tía Katie y tío George. Dentro estaba muy oscuro. Siguieron el recorrido indicado por unas luces pálidas de color morado y pasaron por un cuadro con ojos que se movían.

Una voz baja y grave dijo:

—Bienvenidos a mi casa.

—¡Ay, madre mía! —suspiró tía Katie.

Colgados del techo había esqueletos de plástico que brillaban en la oscuridad. Se oía un sinfín de ruidos terroríficos, que debían de provenir de una grabadora.

Eric le dijo a Cam sin levantar el tono de voz:

—Esto no da mucho miedo.

Una puerta se abrió con un chi-

rrido y oyeron que alguien gritaba:

—¡Ay! ¡Socorro!

—Más adelante sí habrá cosas que den más miedo —comentó Cam en voz baja.

Eric se acercó más a Cam y a tío George.

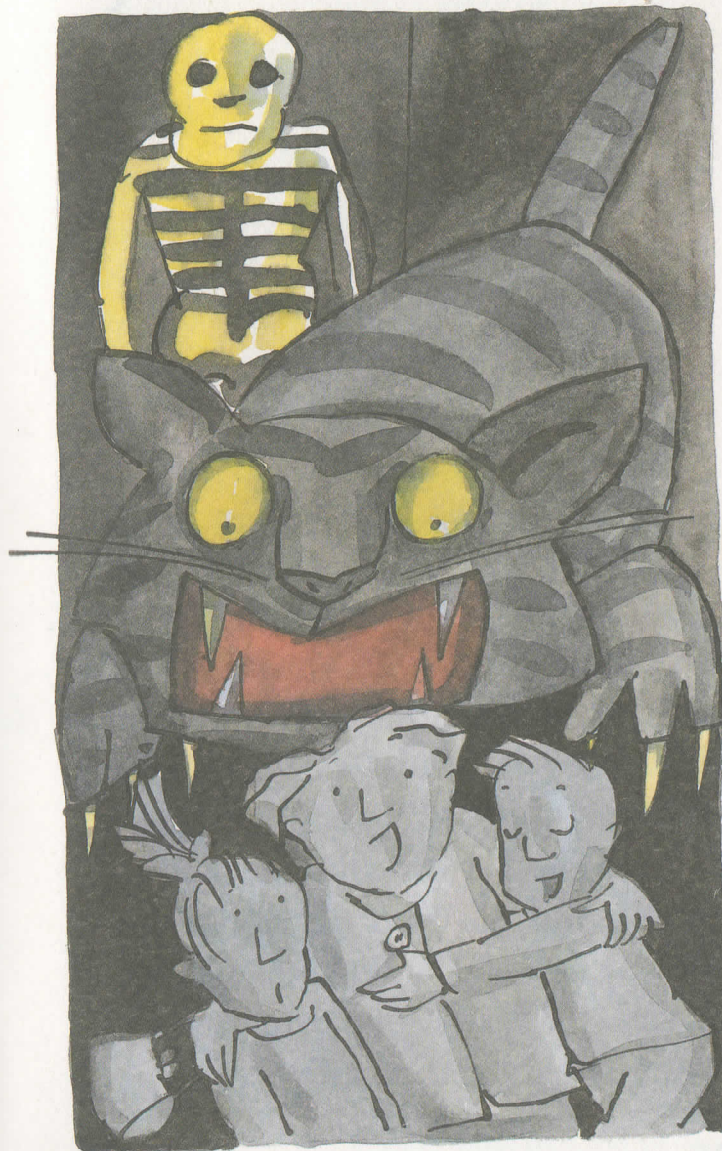
Un gato negro de juguete, pero que casi parecía de verdad, saltó desde una estantería de libros. Cayó cerca de Cam y de Eric. Entonces, se paró. Estaba sujeto por una cuerda.

—¡Ay, madre mía! —repitió tía Katie.

—Yo no tengo miedo —dijo Eric, y la agarró de la mano.

Entonces, algo vestido de negro saltó encima de tía Katie.

—¡Ay! ¡Socorro! —gritó ella—. ¡Fuera de aquí!



Tía Katie alcanzó a tío George y se agarró de su mano. Siguieron las pequeñas luces moradas pasando junto a telarañas y muebles que chirriaban. Una silla se deslizó por delante de ellos. Daba la sensación de que las paredes se estaban cayendo.

Cam, Eric, tía Katie y tío George caminaban cada vez más deprisa.

Se abrió una puerta. Ya estaban fuera de la casa encantada.

—¡Ay, madre mía! —dijo tía Katie—. He pasado miedo, pero me ha gustado.

—A mí no me ha dado tanto miedo —dijo Eric—, pero también me ha gustado.

—¿Habéis visto lo que me ha pasado? —preguntó una mujer que iba detrás de ellos—. Algo ha saltado justo encima de mí.

Abrió el bolso y sacó un caramelo.

—¿Queréis uno?

—No, gracias —dijo Cam.

—Yo necesito algo, pero no caramelos —comentó tía Katie—. Necesito una taza de té caliente.

Cam cerró los ojos y dijo:

—Click. Hay un puesto de refrescos justo al pasar la atracción



de los troncos —les informó. Luego, abrió los ojos y añadió—: Seguidme.

—¿Será posible? —dijo tía Katie cuando llegaron al puesto de refrescos—. Tenemos que hacer cola hasta para comprar una bebida.

Tía Katie y tío George se pusieron al final de la cola. Cam y Eric aprovecharon para acercarse a la atracción de los troncos. Allí la gente, sentada sobre troncos cortados, se deslizaba hacia una gran piscina.

—Parece divertido —comentó Eric—. Quizá podremos montar-nos después.

Luego, regresaron al puesto de refrescos. Tía Katie y tío George todavía estaban casi al final de la cola.

—¿Qué queréis comer? —preguntó tía Katie—. Ésta es la única ocasión que vamos a tener de tomar algo. Me niego a hacer otra cola.

Cam y Eric miraron la lista de cosas que vendían.

—Me gustaría tomar un zumo de naranja y galletitas saladas —dijo Cam.

—¿Y yo podría tomarme un cucurucho de vainilla, por favor? —preguntó Eric.

—Humm —dijo tía Katie—. Té de vainilla para mí, un cucurucho de naranja para George, café y galletitas saladas para Cam. ¿Y tú qué querías, Eric?

—Yo quiero un cucurucho de vainilla.

—Estoy hecha un lío —dijo tía Katie—. ¿Por qué no esperáis has-

ta que sea nuestro turno? Entonces me podréis decir todos lo que queréis.

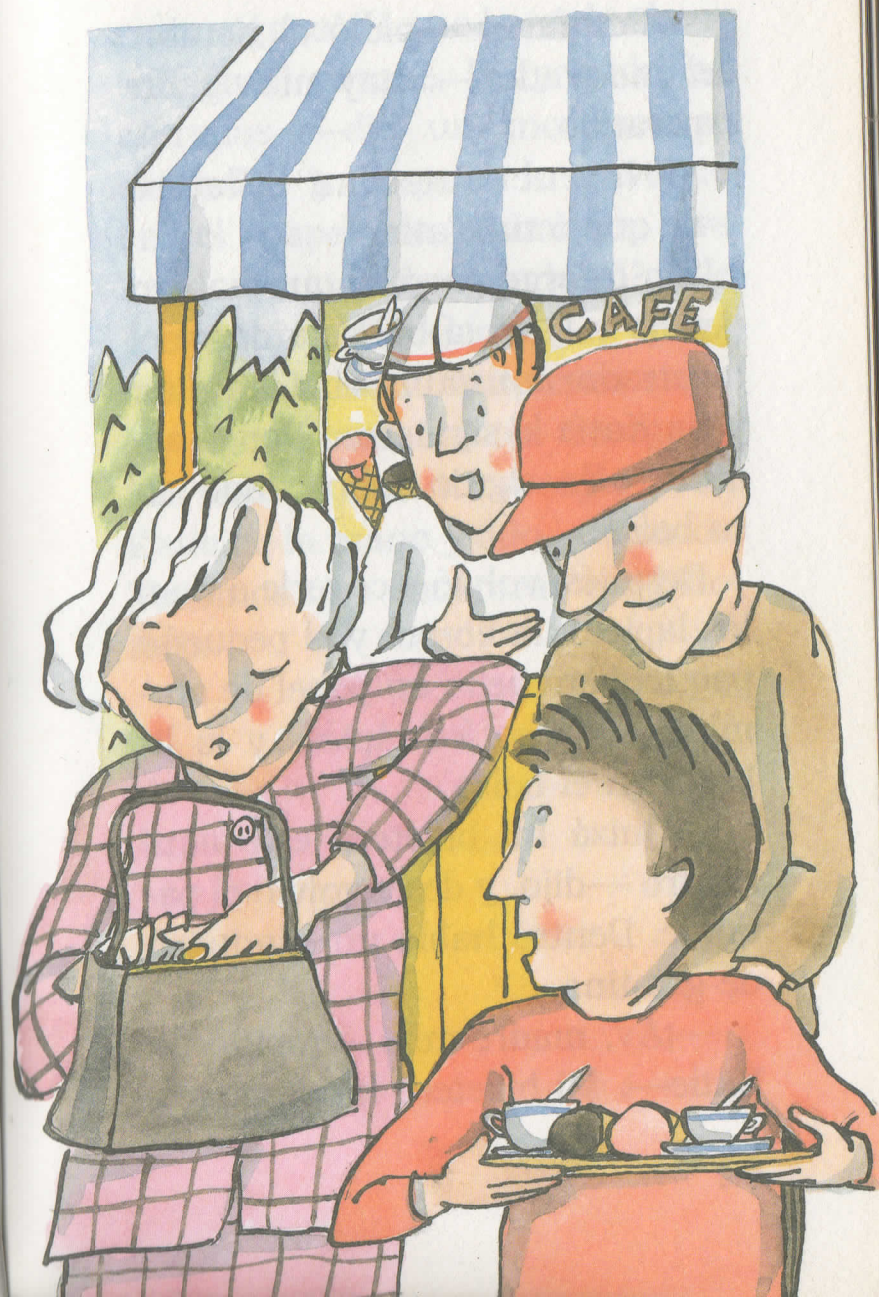
La cola se movía despacio. Cuando llegaron al mostrador, el hombre que había allí preguntó:

—¿Qué quieren tomar?

—Yo quiero té con limón. De eso estoy segura —dijo tía Katie—. Y George quiere un café.

Cam y Eric le dijeron al hombre lo que querían. Éste puso todo en una bandeja de cartón, lo llevó al mostrador y, luego, le dijo a tía Katie lo que costaba.

Ella abrió el bolso y metió la mano. Como no encontró lo que buscaba, miró en su interior. Sacó algo envuelto en papel de aluminio, una libreta pequeña y algunos lápices, y se lo dio a Cam para que lo sujetara.



—Por favor —pidió el hombre del mostrador—, hay más gente esperando.

—No encuentro mi billeteo —se quejó tía Katie.

Tío George pagó lo que habían pedido y llevó la bandeja desde el mostrador a una mesa. Cam, Eric y tía Katie le siguieron. Por el camino, ella siguió rebuscando en su bolso.

Después, volvió a cogerle a Cam los lápices, la libreta y el pequeño paquete envuelto en papel de aluminio, y puso los lápices y la libreta en el bolso.

—Quizá mi billeteo esté aquí dentro —dijo, y desenvolvió el paquete. Dentro había un sándwich de gelatina.

—¡Ay, madre mía! —repitió tía Katie—. Mi billeteo ha desapare-

cido, seguro. Sé que lo tenía al entrar en el parque. He pagado las entradas —dio un mordisco al sándwich y después lo envolvió en el papel de aluminio otra vez—. ¿O las has pagado tú? —le preguntó a tío George—. Quizá me he dejado el billeteo en casa.

—No —contestó tío George—. Las has pagado tú —cogió a tía Katie de la mano y dijo—: Vamos. Tenemos que encontrar ese billeteo.

—¡Ha hablado! —dijo Eric en voz baja.

Tía Katie se bebió el té rápidamente y se marchó con tío George. Cam y Eric corrieron para alcanzarlos.

—¿Adónde vais? —preguntó Cam.

—A buscar a uno de los guardias del parque —contestó tía Ka-

tie—. Antes he visto a uno por aquí. Llevaba uniforme azul, una insignia en la solapa y un *walkie-talkie* en la mano.

—Creo que deberíais ir a la entrada —dijo Eric—. Ése es el último lugar en que recuerdas haber tenido el billeteo. Mi padre una vez se dejó la cartera en la taquilla de un cine.

—Mirad —dijo Cam—, allí hay una agente de policía —y corrió en su dirección.

Regresó unos minutos más tarde y le dijo a tía Katie:

—Dice que vayamos a la oficina de seguridad. Me ha indicado dónde está. Seguidme.

La oficina de seguridad estaba en un pequeño edificio cerca del tiiovivo. Cam, Eric, tía Katie y tío George entraron.

—¡Ay, madre mía! —dijo tía Katie—. Aquí también hay cola.

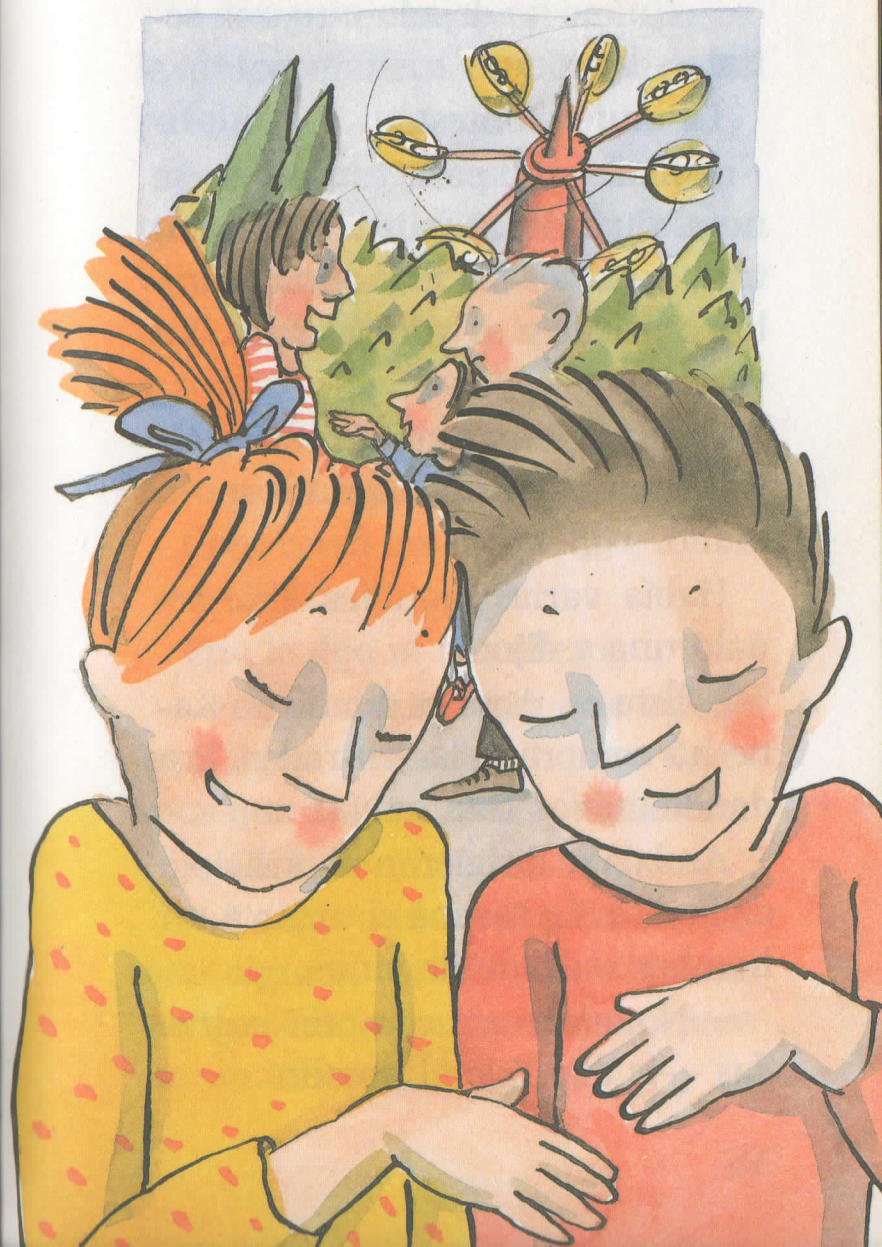
Tía Katie y tío George se pusieron a la cola, justo detrás de una mujer que llevaba un vestido azul.

Cam y Eric se fueron a la entrada del parque. Seguía entrando mucha gente. Cam intentó empujar uno de los tornos para salir, pero un hombre desde el otro lado lo estaba empujando para entrar.

—No funciona hacia ese lado —les avisó el hombre.

—Venga —dijo Eric—, tenemos que ir por aquella puerta. Pero primero nos tienen que poner el sello en la mano para que podamos volver a entrar.

En la puerta, una mujer presionó un sello de goma sobre una almohadilla de tinta y después lo estampó en las manos de los niños.



—No me ha dejado ninguna señal —dijo Cam.

La mujer contestó:

—Sí, lo que pasa es que no se nota. Cuando queráis volver a entrar, pondréis las manos bajo una luz especial y se verá el sello. Ya veréis qué sorpresa...

Cam y Eric pasaron por la puerta. Cam seguía mirándose la mano.

Había varias taquillas. Eric señaló una y dijo:

—Ésta es. Aquí es donde tía Katie ha comprado las entradas. Era donde menos cola había.

Ambos se dirigieron al principio de la cola. Le tocaba el turno a un hombre rodeado de niños.

—No queremos comprar entradas —le dijo Eric al hombre.

—Yo tampoco quiero. Pero es la única manera de entrar en el parque.

—Nosotros ya estábamos dentro —dijo Eric—. Mire mi mano. Está sellada.

El hombre miró la mano de Eric y sonrió.

—No tienes nada en la mano, pero puedes pasar delante de mí.

Cam cerró los ojos y dijo:

—*Click.*

Eric le dijo al taquillero:

—La tía de mi amiga ha estado aquí hace unas dos horas. Creemos que se ha dejado el billeteo.

—*Click.*

—Tengo una tarjeta de crédito que alguien olvidó, y dos lápices, un periódico y una revista, pero no un billeteo.

—Eric —dijo Cam—, Eric, sé dónde está el billetero de tía Katie. No se lo ha dejado en ningún sitio. Se lo han robado y sé quiénes lo han cogido.

5

—¿Quiénes? ¿Quiénes le han robado el billetero? —preguntó Eric.

—Los chicos esos de los patines; los que la han tirado al suelo. Ellos lo han cogido. Los carteristas trabajan así, en equipo. Se chocan con la gente y le meten la mano en los bolsillos o en los bolsos. Venga. Tenemos que encontrarlos.

Cam se dirigió a los tornos de la entrada.

—¿Me das la entrada, por favor? —dijo el vigilante que había allí.

—Ya estábamos dentro. Nos han puesto un sello en la mano.

El vigilante señaló a la izquierda y dijo:

—Tenéis que ir allí.

Cam y Eric corrieron a la otra puerta.

—¡Qué pronto habéis vuelto! —dijo la mujer que había allí—. Ahora vais a ver el sello que os he puesto. Cada día uso uno diferente.

Cam puso la mano bajo una pequeña lámpara.

—Una rana sentada sobre una hoja de nenúfar —dijo Cam.

—Ayer era un conejo comiéndose una zanahoria.

Eric también puso la mano bajo la lámpara. Después le preguntó a su amiga:

—Y ahora, ¿dónde los buscamos?

—Estaban patinando por ese camino. Probablemente todavía estén aquí.

Cam y Eric pasaron por delante de un carrito de palomitas de maíz, una tienda de carteles y postales, y de los coches de carreras. Cam andaba rápido. Eric tenía que darse prisa para no quedarse atrás.

—¿Por qué los estamos buscando? —preguntó Eric—. ¿Por qué no se lo decimos directamente a uno de los guardias? Tienen wal-

kie-talkies. Podrían encontrar a los chicos mucho más rápidamente.

Cam se dio la vuelta mientras andaba y le dijo a Eric:

—Porque no estoy totalmente segura de que hayan sido ellos. Hice *click*, pero no tengo la foto del momento justo.

—¡Cuidado! Mira por dónde andas —dijo un hombre. Cam se había chocado contra él.

—Lo siento —dijo la niña.

Cam comenzó a caminar más despacio y a mirar hacia delante mientras seguía hablando con Eric.

—Los seguiremos. En cuanto se choquen con alguien, comprobaremos si le falta el billetero. Si es así, sabremos que esos chicos son los ladrones. Entonces, se lo diremos a los guardias.

Eric sonrió.

—¿Le has cogido la cartera?

—¿A quién?

—A ese hombre con el que te has chocado. Somos un equipo. Caminábamos juntos y tú te has chocado con ese hombre. ¿Le has cogido la cartera?

—¡Por supuesto que no! Por eso tenemos que ver lo que pasa cuando esos patinadores se choquen con otra persona. Quizá estoy equivocada.

Pasaron por delante de algunas tiendas en las que vendían juegos de magia, animales disecados y libros infantiles. Dejaron atrás el sombrero giratorio y una larga cola de gente esperando para montar en la montaña rusa.

De repente, Cam empezó a correr, señalando y gritando:

—¡Mira! ¡Mira! ¡Allí están!

Los dos chicos estaban patinando alrededor de un pequeño estanque, en el que nadaban patos, gansos y unos cuantos cisnes. Cam corrió detrás de los chicos. Eric la siguió.

Los patinadores pasaron por delante de una mujer y sus dos niños y, después, entre un hombre y su hijo.

Cam casi se chocó con el hombre.

—Perdona —dijo él.

—Perdóneme usted a mí —respondió Cam.

Los chicos continuaron patinando por delante de un hombre que estaba echando migas de pan a los patos, a los gansos y a los cisnes. El ruido de los patines asustó a las aves, y algunos de los patos echaron a volar.



Eric dejó de correr. Se sentó en un banco y estiró las piernas. Cuando Cam lo vio allí, se paró también.

—No puedo correr tan rápido como ellos —le dijo Eric a Cam.

—Yo tampoco.

Se sentaron en el banco y vieron a los chicos patinar alrededor del estanque. Algunas personas tenían que moverse rápidamente para quitarse de su camino. Una mujer les gritó algo, pero ellos no pararon. Patinaron cada vez más rápido hasta que se chocaron contra un hombre que vendía globos. Éste se cayó al suelo y uno de los globos explotó.

Cam saltó del banco.

—Tú ayuda al hombre —le dijo a Eric—. Después comprueba si le

han robado la cartera. Yo traeré a alguien de seguridad.

Uno de los chicos extendió la mano y le dijo al hombre:

—Déjeme ayudarlo a levantarse.

El hombre le apartó la mano y dijo:

—No me ayudéis. Tan sólo quitad esos patines. Vosotros los chicos sois un peligro.

—Yo le ayudaré —dijo Eric.

El hombre se incorporó y, agarrándose de la mano de Eric, se levantó.

—Lo sentimos —dijo uno de ellos. Después, se marcharon patinando.

Cam pasó corriendo por delante de las tiendas. Entonces, cerca del sombrero giratorio, vio a un guardia de seguridad. Justo cuando

Cam llegó junto a él, pasó a su lado el grupo de patinadores.

—Piiip. Piiip.

El guardia tocó el silbato y corrió detrás de los chicos. Cam lo siguió.

—¡Parad! ¡Dejad de patinar!

El guardia no podía alcanzarlos. Les hizo señas con los brazos, pero no parecían darse cuenta. El guardia dejó de correr. Sacó el *walkie-talkie* de su cinturón y habló por él.

—Soy Frankie, de la sección cuatro. Dos chicos acaban de pasar patinando por delante de mí en dirección a la montaña rusa. Quizá tú puedas pararlos. Yo he sido incapaz.

—Se han chocado con mi tía —le dijo Cam al guardia—. La han tirado al suelo y...

—¡Espera! ¡Espera!

Cam se dio la vuelta. Eric corría hacia ella.

—¡No se lo digas! —gritó—. ¡No se lo digas!

Cuando Eric alcanzó a Cam, respiró profundamente y dijo:

—Ellos no han cogido su cartera. El hombre la tiene todavía.

El guardia era un hombre alto y delgado. Miró a Cam y preguntó:

—¿Tienes algo más que decirme?

—No.

Él habló de nuevo por el *walkie-talkie*:

—Soy Frankie, de la sección cuatro. Regreso a mi puesto —y volvió junto al sombrero giratorio.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Eric.

—Regresemos a la oficina de seguridad. Tía Katie y tío George deben de estar preocupados por nosotros.

Los niños montados en los sombreros se reían y gritaban mientras daban vueltas. La gente de la atracción de los troncos y del tiovivo también parecían estar pasándolo bien.

—¿Sabes? —dijo Eric—. Cada vez que voy contigo a algún sitio, ocurre algo. Preferiría dar vueltas en un sombrero o sentarme en un tronco que flota en el agua antes



que perseguir a dos chicos con patines.

Tía Katie y tío George habían respondido un montón de preguntas y habían firmado algunos papeles, pero seguían sin encontrar el billetero. Ahora estaban fuera de la oficina de seguridad esperando a Cam y a Eric.

—No vamos a dejar que esto nos arruine el día —dijo ella—. Vamos a montarnos en más atracciones. Antes de irnos del parque, ya nos pasaremos por la oficina de objetos perdidos. Estoy segura de que mi billetero estará allí.

Eric dijo:

—Me gustaría montarme en el sombrero giratorio. Parece muy divertido y sé exactamente dónde está.

Mientras le seguían hacia allí, tía Katie comentó:

—No he sido la única que he perdido el billetero. A la mujer que estaba en la cola justo delante de mí también le ha ocurrido lo mismo.

Cam dejó de andar. Cerró los ojos y dijo:

—*Click.*

Eric, tía Katie y tío George se pararon y la observaron.

—*Click. Click.*

Cam abrió los ojos. Sonrió y siguió caminando. Pero se paró cuando llegaron a la casa encantada.

—Entremos aquí otra vez —dijo—. Ha sido muy divertido, y ahora hay muy poca cola.

Eric no quería entrar en la casa otra vez, pero Cam insistió. Des-

pués de unos minutos, se abrieron las puertas y entraron.

Eric sonrió al cuadro de los ojos que se movían. Y cuando la voz grave y profunda dijo «Bienvenidos a mi casa», respondió:

—Gracias.

Una puerta se abrió con un chirrido. Alguien gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Entonces, un gato negro de juguete saltó sobre ellos desde la estantería. Eric agitó los brazos delante del gato y gritó:

—¡Uuuh!

—¡Ay, madre mía! —chilló tía Katie—. No habrás asustado al gato, pero a mí me has dejado patitisa.

Recorrieron el itinerario indicado por las lucecitas moradas y pasaron junto a las telarañas y



los muebles que chirriaban. La silla se deslizó otra vez por delante de ellos y parecía que las paredes se estaban cayendo. Entonces, se abrió una puerta y ya estaban fuera.

—No ha dado tanto miedo esta segunda vez —dijo tía Katie.

—No ha dado nada de miedo —confirmó Eric—. Ahora vamos a los sombreros giratorios. Será divertido.

Eric empezó a caminar.

—¡Un momento! —gritó tío George—. ¿Dónde está Cam?

Tía Katie y Eric miraron a su alrededor.

—¡Ay, madre mía! —dijo tía Katie—. No ha salido de esa casa.

7

Tía Katie se dirigió al vigilante que había a la salida y le dijo:

—Mi sobrina ha entrado con nosotros y todavía no ha salido. Puede haberse perdido, o haberse hecho daño.

—¿Cuántos años tiene?

—Diez.

—Es lo suficientemente mayor para seguir el recorrido de las luces. No se preocupe. Nadie se pier-

de en la casa. Simplemente, algunas personas tardan más que otras en atravesarla.

Eric, tía Katie y tío George esperaron en la puerta de salida. Algunas de las personas que salían de la casa encantada parecían asustadas. Otras salían sonriendo e, incluso, riéndose.

Tía Katie miró su reloj.

La puerta se abrió. Salió más gente, pero Cam no estaba entre ellos.

Tía Katie volvió a mirar su reloj. Tío George le dio palmaditas en la mano mientras la consolaba:

—No te preocupes, mujer.

Tía Katie dio unos pasos hacia la izquierda, se dio la vuelta y dio unos pasos hacia la derecha. Mientras andaba, iba diciendo:

—Quizá se haya caído. Quizá el gato negro la ha asustado, o los ojos que se movían, y se ha desmayado. Voy a volver a entrar. Me pondré a la cola y volveré a entrar.

Justo entonces, la puerta se abrió de nuevo. Una mujer, dos niños, un hombre joven y Cam salieron de la casa.

Tía Katie corrió hacia ella.

—¡Oh, estaba tan preocupada!

—¡Chissst!

—Creía que estabas herida o que quizá te habías perdido.

—¡Chissst! —hizo Cam otra vez, y señaló al hombre joven que estaba delante.

Llevaba una camisa negra, pantalones negros y zapatos negros. Y en la mano, una pequeña bolsa de la compra.

Cam le siguió a través de la multitud. Y Eric, tía Katie y tío George siguieron a Cam. Cuando llegaron a la avenida principal, donde había más espacio para caminar, Cam mantuvo más distancia entre ella y el hombre.

—Trae a uno de los guardias de seguridad —le dijo a Eric en voz baja—. Ése es el que le ha robado el billeteo a tía Katie. También les ha robado a otras muchas personas.

Eric y tía Katie fueron a la oficina de seguridad. Cam y tío George siguieron al hombre a través de la puerta hacia el aparcamiento.

El joven se dirigió a un pequeño coche verde. Abrió el maletero y vació la bolsa de la compra dentro. Miró a su alrededor y después



regresó hacia donde estaban Cam y tío George.

Tío George no quería que el joven supiera que él le estaba observando. Rápidamente se acercó a uno de los teléfonos públicos. Cogió el auricular y disimuló que hablaba.

—Sí, Tom —dijo.

El hombre pasó por su lado y fue hacia la puerta de entrada.

—¿No deberíamos seguirle?
—dijo tío George en voz baja.

—No es necesario. Sé exactamente adónde va —Cam sonrió—. Puedes terminar de hablar con Tom.

—¿Qué? —tío George miró el teléfono que todavía tenía en la mano—. ¡Oh! —y colgó.

Cam esperó un minuto. Entonces dijo:

—Ya nos podemos ir.

En la puerta de entrada, Cam puso la mano bajo la pequeña lámpara.

La mujer le dijo a tío George:

—Tiene suerte. Me acuerdo de usted, así que puede volver a entrar; pero tendría que haberse puesto el sello. Eche un vistazo al sello que he usado hoy. Es una monada.

Cam puso la mano bajo la pequeña lámpara otra vez. Tío George la miró.

—Es una rana sentada sobre una hoja de nenúfar —dijo Cam.

Cam y tío George encontraron a Eric y a tía Katie fuera de la oficina de seguridad. Había dos guardias con ellos. Uno de ellos era bajito y tenía una barba larga

y rizada. El otro era una mujer con el pelo largo y rubio.

Cam les dijo:

—Apuesto a que mucha gente ha acudido a ustedes hoy para decirles que les habían robado la cartera.

—Sí.

—Bueno, si me siguen, los llevaré hasta el ladrón. Sé exactamente dónde se esconde.

8

Todos ellos siguieron a Cam hasta la casa encantada. Cam caminaba deprisa. También hablaba deprisa:

—Tía Katie me ha proporcionado la primera pista. Ha dicho que la mujer que estaba delante de ella en la oficina de seguridad también había perdido el billetero. Bueno, he hecho *click*. Y me he acordado de que había visto antes

a aquella mujer del vestido azul. Tenía una foto suya almacenada en mi cabeza. Era la misma mujer asustada que vimos salir de la casa encantada.

»He hecho otra vez *click*. Y he recordado que alguien había saltado sobre tía Katie. Seguro que había saltado sobre aquella mujer también. Por eso estaba tan asustada. La gente pensaba que el hombre vestido de negro estaba allí para asustarlos. Pero no. Se escondía en la oscuridad y les robaba. Le he visto hacerlo.

Habían llegado a la casa encantada. Los guardias se dirigieron con Cam al principio de la cola. El bajito fue a la puerta de salida. La guardia de pelo largo y rubio le dijo al vigilante de la casa que no dejara entrar a nadie.

Esperaron a que la gente saliera de la casa encantada. Entonces, la guardia de pelo rubio le dijo a Cam:

—Me llamo Mary. ¿Puedes mostrarme dónde se esconde el ladrón?

Cam y Mary entraron en la casa. Mary encendió las luces.

—No está aquí —dijo Cam—. Está en la siguiente habitación.

Cam siguió a Mary a través de la puerta que chirriaba. Mary encendió la luz.

—Allí está —señaló Cam—. Detrás de esa cortina.

El hombre vestido de negro se escabulló corriendo hacia la salida. Mary y Cam corrieron detrás de él. La puerta se abrió. El hombre fue a parar justo en los brazos del guardia bajito de barba rizada.

Cam le dijo a Mary y al otro guardia que ella y tío George le habían seguido hasta el aparcamiento.

—Probablemente encontrarán el billeteo de tía Katie y todas las demás carteras desaparecidas en el maletero del coche verde.

Los guardias le dijeron a tía Katie que tan pronto como encontraran su billeteo la llamarían a la oficina de seguridad.

—Mientras esperan —dijo Mary—, ¿por qué no se montan en alguna atracción?

Esposaron al ladrón y se lo llevaron. Cam, Eric, tía Katie y tío George los vieron alejarse. Después, se dirigieron al sombrero giratorio.

—¿Sabes? —dijo tío George mientras andaban—, tía Katie y

yo estamos muy orgullosos de ti —se paró un momento, dio una palmadita en la mano de Cam, la miró, sonrió y continuó—: Eso es todo lo que voy a decir.

—Gracias —respondió Cam—. Mucha gente habla demasiado, pero tú dices justo lo necesario. Estoy contenta de que estéis orgullosos de mí.

Cam y Eric se montaron en el sombrero giratorio. Tía Katie y tío George se quedaron mirando cómo lo hacían.

Se montaron en un sombrero hongo morado que estaba del revés. En el centro del sombrero había un volante grande de metal. Cuanto más movían el volante, más rápido giraba el sombrero. Cam no dejaba de darle vueltas. Y

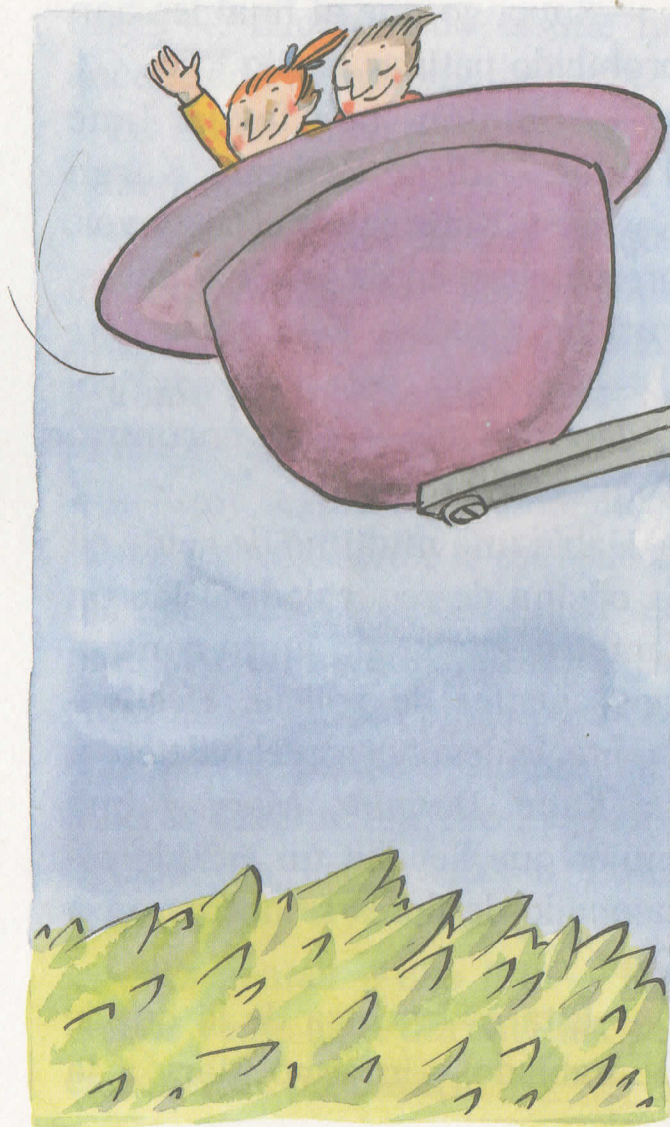
cuando se bajaron, estaban realmente mareados.

—¡Ay, madre mía! —dijo tía Katie—. Qué raro andáis.

—Atención, por favor —anunció alguien por los altavoces del parque—: Stanley Johnson, Alyse Neumark, Gabriella Goldwyn, Pat Baker y Jessica Jones, por favor, preséntense en la oficina de seguridad. Gracias.

—Seguro que han encontrado sus carteras en el maletero del hombre —dijo Cam—. Vayamos a la oficina. Estoy convencida de que pronto anunciarán el nombre de tía Katie.

Mientras andaban por el parque, pasaron por delante de dos chicos. Cada chico llevaba un par de patines en la mano.



—Supongo que al final les han prohibido patinar —dijo Eric.

—Atención, por favor: Jane Taylor, Adina Zellner, Karen Kessler y Katie Jansen, por favor, preséntense en la oficina de seguridad. Gracias.

—¡Ésa soy yo! ¡Ésa soy yo! —dijo tía Katie—. Han encontrado mi billetero.

Había una multitud de gente en la oficina de seguridad. El ladrón también estaba allí junto con varios agentes de policía. Efectivamente, le devolvieron el billetero a tía Katie. Después, Mary y una mujer que llevaba un vestido estampado de flores se acercaron a Cam.

—Ésta es la chica de la que le he hablado —informó Mary a la

mujer—. Ella ha sido la que ha encontrado al ladrón.

La mujer estrechó la mano de Cam y dijo:

—Soy la dueña de este parque de atracciones. Me llamo Dana Moore. Te estoy muy agradecida.

Tenía un sobre en la mano. Se lo dio a Cam y continuó:

—Estoy segura de que mientras estabas persiguiendo a ese ladrón has perdido la oportunidad de montarte en algunas atracciones. Aquí tienes cuatro pases para entrar en el parque siempre que quieras durante este mes, y gratis.

Cam dio las gracias a Dana Moore.

—¡Es genial! —dijo Eric—. Podemos venir aquí durante las vacaciones de primavera.

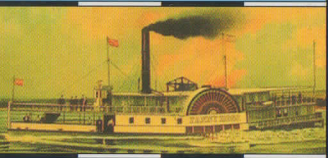
—A tío George y a mí nos encantará traeros —dijo tía Katie.

Eric propuso:

—Entonces podremos pasarnos todo el día montándonos en los sitios. Tal vez Cam no tenga que desvelar ningún misterio o ningún ladrón que perseguir.

Cam miró a tía Katie y a tío George y dijo:

—Tal vez —entonces se volvió hacia Eric, sonrió y dijo—: Y tal vez, no.



49



David A. Adler
**EL MISTERIO
DE LA CASA
ENCANTADA**

EL CEREBRO DE CAM ES COMO UNA CÁMARA FOTOGRÁFICA: TODO SE QUEDA FOTOGRAFIADO EN SU CABEZA. NO HAY NADA QUE SE LE OLVIDE. UN DÍA QUE CAM, SUS TÍOS Y SU AMIGO ERIC VAN AL PARQUE DE ATRACCIONES, DESAPARECE EL BILLETERO DE TÍA KATIE. ¿QUIÉN SERÁ EL LADRÓN? CAM EMPIEZA A RECORDAR.

LOS LIBROS POLICIAOS PARA NIÑOS DEL NORTEAMERICANO **DAVID A. ADLER** HAN TENIDO UN ENORME ÉXITO DE PÚBLICO EN SU PAÍS.

A PARTIR DE 7 AÑOS

ISBN 84-348-3972-5



2 0 0 9 3

9 788434 839724

49

El misterio de la casa encantada

David A. Adler

18ª EDICIÓN



EL BARCO DE VAPOR



David A. Adler
**El misterio de la casa
encantada**

Ilustraciones de Carme Solé

